

LA PUERTA HACIA EL TIEMPO PERDIDO

EMILIO ARJONA CRESPO

Prologo

Durante muchos años la historia que les voy a relatar ha permanecido oculta en mi interior. La mayoría de aquellos que he considerado mis amigos no la llegaron a conocer, pero ni antes fui peor, ni ahora, al hurgar entre los recuerdos de la memoria soy mejor. Tan sólo son momentos de nuestras vidas en los que no encontramos con un ánimo u otro, en los que el espíritu tiene más o menos ligaduras consigo mismo.

Los hechos que me acontecieron no fueron fortuitos, desde entonces creo que nos envuelve la red del destino, que nuestras vidas están programadas desde el principio. Desde aquel momento creo que somos como células en el momento de la diferenciación, cada uno llegado un determinado momento, realiza sin saber porqué una determinada labor.

Estos hechos también me enseñaron que podemos revelarnos con ahínco contra lo que parece inevitable, debemos, es nuestra vida, y solo tenemos una para intentar mejorarla, después, una vez terminada no habrá otra oportunidad, la vida es una broma demasiado pesada como para no parar de reírse, es como un mal juego en el que si pierdes, no tienes revancha.

Si estos hechos han permanecido ocultos no ha sido por casualidad, la prudencia y el miedo en parte me obligaron a ocultar estos acontecimientos, puede parecer incomprensible y aunque es algo que no todos entenderán en parte este secreto ha hecho de mi vida una más de las demás, sin que llegue a propagarse esta noticia como una mala infección con el consiguiente peligro que hubiese tenido no solo para mí, sino para todos los que habrían hecho de esta gracia una forma de perpetuarse en la tiranía y el poder. Este ego mío como tantas otras acciones a lo largo de mi existencia han marcado mi vida, lo que al final acaba por formar la personalidad de los humanos, un conjunto de vivencias y de genética, un conjunto de secretos personales, casi inconfesables, la parte blanda de la máquina.

Ahora, mientras hablo desde la perspectiva de los años, esta cabeza mía me hace reflexionar sobre tantas acciones sobre las que no tengo tiempo ni ganas de escribir que en algunas ocasiones me conduce hasta la

certeza de que todo en la vida tiene su tiempo, su momento, no es necesario precipitarse, tan sólo hay que observar, ver madurar las cosas, no adelantarse a decisiones que pueden llevarnos hasta el borde mismo del abismo aunque en ocasiones haya que ser temerario y olvidar cualquier tipo de prudencia que inhiba nuestro desarrollo. Como he descubierto a lo largo de mi dilatada vida, el que en las mismas condiciones de educación tengamos distinta suerte se debe tan sólo a la madurez de cada individuo, a la orientación que recibamos, y al material al alcance para determinar ese desarrollo.

El hombre, en su conjunto, es ambicioso, por desgracia demasiado, y el que no lo es tiene pocas opciones ante sus semejantes. Aborrezco de todos los que durante siglos han realizado una labor de destrucción de ésta estirpe, tan noble en su naturaleza, y que al final acaba por traicionarse a ella misma, por abandonarse a sus intereses y a su comodidad.

Es penoso, ver las vidas malgastadas, esta vida es algo realmente hermoso, no deberíamos jugar con ella, seríamos mucho más felices si disfrutásemos de los momentos que se nos acercan, tomarlos como tal, hay que saber coger cada minuto, intentar que no se nos escurra entre los dedos, que no se escape como el agua, porque jamás vuelve. ¿O, sí?.

Esta historia es parte de mi vida. De mis intentos por escapar de ella para mejorarla, y de cómo las decisiones de valor de un determinado momento pueden cambiarla. De las tribulaciones que el tiempo, y la predisposición a algo en concreto son capaces de jugar en nuestras vidas, en un momento de especial importancia por la toma de decisiones que evidencian la capacidad de ser adulto en criaturas que no lo son. De ello dependerán tantas cosas en nuestra vida que debería estar prohibido que a tan corta edad esa sea una decisión de tanta importancia. La propia vida debería prohibirse tratar así a sus propios hijos. Pero sus hijos somos todos. Desde la más pequeña partícula, hasta el más complejo de los sistemas de vida, y al igual que los descubrimientos de Darwin la naturaleza selecciona a los especímenes más preparados para superar la prueba de la vida.

Somos cíclicos. Estamos aquí para poco tiempo, pensemos por un momento en los millones de vidas que han quedado atrás en la humanidad. En cómo durante millones de años han muerto los pertenecientes al género humano, del resto de las criaturas no hablemos, y más los acabados bajo el filo de nuestra navaja. ¿Acaso las vidas errantes que vemos por las calles cada día, vagando como almas en pena, acarreando sus problemas y alegrías a las espaldas son un gran problema?, no, no lo son. Son pequeños problemas, y quiero llegar hasta

donde antes me quedé, no me burlaba, ni lo hago ahora, pero cualquier problema de cualquier ser viviente, es una mota en el universo, ante el mal global que significa no entender el significado de la vida, de nuestra única vida. Nos afanamos en acaparar todo lo que podemos, en no disfrutar de lo realmente hermoso, del tiempo. Estamos en un mundo maravilloso, un planeta que ha visto pasar muchos Reyes. Todos ellos cayeron, y la raza humana no será menos. Vendrán otros sistemas de vida, llegará un holocausto para nosotros, y al igual que los señores de antaño, seremos tan sólo fósiles que estudiar. Somos estrellas fugaces, estelas marinas.

Para entender mejor el futuro es necesario estudiar el pasado, sí es cierto, si nos parásemos a observar mejor lo que supone nuestro tiempo les puedo asegurar que no dudaríamos un solo segundo en aprovecharlo, en saborearlo, como algo exquisito, como algo que sabemos no vuelve, brindaríamos por los segundos venideros, y despediríamos con honor y alegría a los segundos bien vividos. Ese es el secreto de la vida, no tiene otro, no hay gran secreto en esta vida que no sea el disfrutar nuestro tiempo de la mejor forma, riendo, disfrutando, trabajando en la justa medida para poder vivir, en la justa medida para no ser esclavos de nuestros propios intereses y ambiciones.

Una de las metas que desde que lo entendí me propuse, fue la de ser feliz a cualquier precio. No estaba dispuesto a despreciar la posibilidad de pasar por este mundo como un inmigrante, desnudo ante la mirada atónita de los viandantes, inhibido ante la suerte de flaquezas que nuestro propio cuerpo nos quiera infligir, ante las tentaciones del mundo y sus habitantes. Por eso he decidido contarles esta historia, este relato que como entenderán al final, supongo que todos somos un poco yo, o al menos les gustaría serlo, se lo puedo asegurar. No es presunción, es lógica. Quieran o no entenderlo ahora, así es. Porque todos hemos perdido el tiempo de alguna forma, en algún momento de nuestras vidas, debe ser algo que al igual que los sentidos es parte del ser humano. Desde luego no creo que dudasen ante la posibilidad de recuperarlo. Ante una sola ocasión de rescatar esos momentos en los que tantas veces decimos, “si volviese atrás...esto no ocurriría”.

El problema de todo esto, es que no nos damos cuenta, incluso aunque tengamos varias oportunidades, somos tan olvidadizos que nuestra pereza acaba por vencernos. Sobre ciertas edades se necesitan ciertas presiones, como la que se ejerce sobre una fruta madura, ni demasiado suave para no arrancarla, ni demasiado fuerte como para arrancarla con parte de la rama.

Mi vida está llena de recuerdos ahora, tengo muchos años, y les puedo asegurar que entre muchas otras cosas no me arrepiento de lo que he vivido. Muchos amigos han quedado por el camino, diría que cientos de ellos, tal vez

en el futuro vuelva por otro camino, a tener más aún, supe entender a tiempo que el disfrute depende de uno mismo, no de las condiciones en las que te toque vivir. Los humanos lo aguantamos todo. Tenemos una capacidad de aguante realmente sorprendente, capaces de lo mejor y lo peor.

Una de las partes de mi vida que más recuerdo ahora es mi infancia, antes no tenía recuerdos, y ahora es lo que más recuerdo, mal presagio. Pronto volveré, creo que lo haré. Ha vuelto hasta mi mente, la infancia. Estaba escondida por ahí. Por algún rincón de la memoria. Deberíamos poder entrar de vez en cuando y poder decidir sobre lo que queremos tener más a mano dentro de ésta, poder eliminar los malos recuerdos, esos que tan sólo crean remordimientos y malos momentos a la hora de poder descansar, aun cuando estos sean los responsables de buena parte de las lecciones que la vida nos da.

Tal vez la retocaría aunque como verán después no es tan sencillo hacer las cosas, posiblemente, porque esas cosas no son fáciles de hacer. Pero los recuerdos están con nosotros para algo. Los buenos para recordarnos que una vez fuimos grandes y llegamos a la máxima expresión de la alegría, la risa, los malos para hacernos creer que tan buenos como fuimos pudimos serlo de mezquinos. Nada escapa a éste almacén de palabras confusas, de sudores nocturnos.

Los años nos llevan a perfeccionar nuestra maestría. Pero con ellos también perdemos algo que el camino no enseña, lo oculta bajo capas de légano, nuestro destino, el que está delante en el camino, ese que es algo confuso, incierto, como los días de niebla en el bosque cuando comienzan a parecer todos los fantasmas de nuestra propia imaginación y vienen a pedirnos cuentas recordándonos que las cuentas pendientes deben ser saldadas. Los recuerdos jamás se van, no nos engañemos. Si no, hagan la prueba. Unos momentos de concentración les transportarán hasta el momento que hayan vivido sin moverse del lugar de meditación, tan sólo les faltaría el olor y todos sería perfecto para parecer que el futuro ha sido tan sólo un pésimo sueño que al abrir los ojos se nos revela como cierto, como algo que acaba de acontecer.

Considero que mi vida ha sido hasta ahora un auténtico mosaico de oportunidades aprovechadas, las posteriores a la revelación, las anteriores no difieren un milímetro de la de cualquier hombre desde hace miles de años. Esos recuerdos son los que pretendo contarles a ustedes. Al que quiera leer, al que quiera soñar, al que quiera darse cuenta de que lo que les cuento no es ningún cuento, que mis recuerdos son algo que he vivido, algo que tengo en mi título, en propiedad, y que lo único que pretendo es compartirlos con ustedes porque creo que merecen la pena ser escuchados.

Nunca, bajo ningún concepto deberíamos olvidar ninguna decisión, acertada o no. Y muchos menos intentar eliminar los datos intentando llenar nuestra mente hasta saturarla. Los recuerdos están ahí para algo, no son robados ni prestados, han sido vividos y esa es una gran noticia aunque sea en muchas ocasiones sola una noticia para nosotros.

Si han tomado una decisión noble llévenla a cabo, no la dejen morir. Con el tiempo se arrepentirán de ello, pero no podrán ya volver a coger ese momento, no hay vuelta atrás. Deberíamos tener un sistema de sociedad diferente al que tenemos, esta sociedad, estructurada de forma escalonada, con diferentes capas económicas es un auténtico desastre para el débil. Deberíamos ser como los Runan, todos iguales, con cargos de importancia que tan sólo el honor de ostentarlos te empuja a desempeñar la labor con mayor fuerza, pero que nada en su lugar les dice que deben ser compensados de forma diferente a un simple obrero.

Imagínense una vida en la que el trabajo ocupe exactamente el tiempo necesario para poder vivir, reparto de trabajo, reparto de riquezas, reparto de tiempo, reparto de vida, sería menos suntuosa, pero más justa.

Voy a contarles mi gran secreto, mi vida, ahora sí, voy a comenzar de una vez por todas, ha llegado el momento de sacarlo a la luz. Nunca mejor dicho. Aún tengo la capacidad de recordar las cosas, dentro de algún tiempo no lo sé. Tengo momentos de auténtica gloria cuando logro encontrar un recuerdo agradable, cuando logro escribirlo completo. Los dolores, los remordimientos de si lo he hecho bien o no, me atenazan, en ocasiones no me dejan descansar, no me dejan vivir ya.

Debería haberlo hecho con más frecuencia, escribir. Pero como tantas cosas en mi vida me di cuenta tarde. Soy un cretino, sí lo soy, acabo de decirles hace tan solo unos momentos que había aprendido la lección y ahora confieso que no lo he hecho, no tengo remedio, pero no creo que mucho menos que ustedes, es cierto, ustedes tampoco lo tienen, no me vengan con milongas, ustedes son unos perezosos. Les gusta la comodidad, el no hacer nada, y tenerlo todo. Es injusto, como casi todo, el problema es que a esa cima sólo pueden acceder unos pocos privilegiados que tuvieron que sacrificar mucho en un momento determinado de su vida, o que nacieron con esa gracia.

Ahora mientras escribo esto, no sé como decirlo, ni por donde empezar. No crean que no quiero o que quiero aburrirles para que abandonen, no, no se trata de eso. Simplemente estoy cansado. Muy cansado. Volveré hasta los trece años. Ya nos veremos.

Mauricio se dejó caer sobre la mesa, tenía el pelo ralo y canoso, su piel, antes una hermosa capa de bronce amalgamado era ahora tan sólo una decrépita cubierta de materia humana, desgastada por los años, demasiados años, tantos años, que no quería continuar viviendo, "para lo que hay que ver", decía. La vida sin incentivos de tipo afectivo es muy dura. Cuando los que quieres no están se hace mucho más difícil continuar. Pero el privilegio de Mauricio sería algo que todos, sin excepción aceptarían de buen grado, sin duda alguna.

Estuvo durmiendo durante una hora, uno de esos "microsueños" que las personas mayores tanto agradecen, que hacen sin darse cuenta en realidad, pero que notan a la hora del gran sueño, del nocturno, ese que todos, o casi a todos los ancianos concilian con mejor o peor resultado. Cuando despertó la tarde declinada. Pintaban rosa sobre azul, marino sobre añil.